

# JOSÉ JURADO DE LA PARRA EN MÁLAGA: LA VOZ DE UN POETA INCANSABLE

Amparo Chiachío Peláez

Doctora en Humanidades por la Universidad de Jaén

RESUMEN: La trayectoria del poeta José Jurado de la Parra ha estado plagada de momentos fulgurantes que se han ido desarrollando a lo largo de distintos lugares de la geografía española llegando a su punto culminante en Madrid donde estrenará con éxito sus obras teatrales y continuará publicando en revistas. Creará junto a Dicenta la revista *Germinal*, una de las más importantes publicaciones republicano-socialistas de nuestro país; participará activamente en *Vida Nueva* y un largo etcétera que no desarrollaremos aquí puesto que nuestro trabajo sería inabarcable. En este momento de su vida, Jurado se encuentra en Málaga donde se ha trasladado por problemas de salud. Aún así no cesará en su labor creadora y seguirá publicando versos en las más reconocidas revistas españolas.

ABSTRACT: The path of poet Jose Jurado de la Parra has been riddled with shining moments that have been developing along different places of the Spanish geography coming to his culminating point in Madrid where it will release successfully his theatrical works and will continue publishing in magazines. It will create together with Dicenta the magazine *Germinal*, one of the most important publications republican-socialist of our country; it will inform actively in *Vida Nueva* and a length etc that we will not develop here since our work would not finish. At this moment of his life, Jurado is in Málaga where it has moved for problems of health. Nonetheless he will not move backward in his creative labor and will continue publishing verses in the most recognized Spanish magazines.

## LA PLUMA DE JURADO DESDE MÁLAGA

Encontraremos su pluma en *La Esfera*<sup>1</sup> y lo hará con «Mi semblanza», que también publicará en *De antaño y de ogaño*<sup>2</sup>, aunque eliminará la dedicatoria, que aquí sí aparece, y que dice así: «Para González Anaya, insigne novelista de mi absoluta predilección». Curiosamente Salvador González Anaya será quien prologue la primera parte del libro de Jurado –nos referimos a *De antaño y de ogaño*– y dedica cariñosas palabras al baezano, además de ensalzarlo como poeta. Puesto que existen diferencias que observamos entre una composición y otra, que en la segunda versión incluso amplía, reproduciremos ambas, para realizar un comentario más completo. Ambos textos dicen así:

---

BOLETÍN. INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES    Enero-Junio 2016 – Nº 213 – Págs. 335-370 – I.S.S.N.: 0561-3590  
Recepción de originales abril 2014    Aceptación definitiva junio 2014

---

[Versión de *La Esfera*]

Tras los varones ínclitos, formé en toda avanzada  
de la falange lírica, en pos del estandarte  
y aún a ese emblema heráldico levanto la mirada  
rindiéndome mi insólita veneración al Arte.

Cumpliendo mi destino, transito por la tierra  
propicio a los halagos, ajeno a los rencores  
y escéptico que pugna por no creer en la guerra,  
sintiendo sus estragos y viendo sus horrores.

¡Yo gusto de las obras que forjan a mi lado  
los poetas peregrinos de nuestra limpia casta  
sin acuciarme el fúlgido laurel del admirado,  
que con mi noble enjundia de admirador, me basta!

Del sol esplendoroso busco la viva lumbre,  
alzando siempre atentos los ojos a la altura,  
y al ver a los que altivos caminan por la cumbre,  
yo ni levanto el paso, ni dejo la llanura.

Mi ciencia es esa ciencia del empirismo vago  
que impele y que refrena las alas del deseo...  
Si sé, por lo que ignoro, que yerro en lo que hago,  
ni digo lo que dudo, ni callo lo que creo.

Tengo el deber por norma; mas mi deber vacila  
cediendo a otros deberes ignotos, si es preciso...  
Esclavo de mi horóscopo, me atengo a mi sibila.  
En conceder soy rápido, y en demandar, remiso.

En mí encuentran disculpa –y acaso su acomodo–  
las más locas pasiones, los gustos más diversos,  
pues sé, como el poeta, que *Todo se halla en todo*,  
y mi perdón va isócrono<sup>4</sup> al ritmo de mis versos.

Jamás sentí en mis venas la incitadora fiebre  
de conquistar la gloria con falsos atavíos...  
si el vaso en que yo bebo añora del orfebre  
el vino... su fragancia... y su color, son míos.

[Versión de *La Esfera*] (continuación)

Del vate la creadora potencia que adivina,  
si fulge por lumbrera, refracta por espejo.  
¡El poeta sus estrofas brillantes ilumina  
a veces, con luz propia... y a veces, de reflejo!

¡Ante el altar del genio, que como el sol fulgura,  
rindiéndole mi ofrenda, me postro..., no me arrastro:  
que no hallo reverente ni digna la postura  
para admirar al hombre ni para ver al astro!

Y así voy –apartando las zarzas del camino  
por mi áspero sendero– impávido a la muerte...

¡Sin duelos por las dichas que me negó el destino,  
ni glorias por los triunfos que me otorgó la suerte!

[Versión de *De antaño...*]

Tras los varones ínclitos, formé en toda avanzada  
de la falange lírica, en pos del estandarte;  
y aún a su emblema heráldico elevo la mirada,  
rindiéndome mi férvida veneración al Arte.

Cumpliendo mi destino, transito por la tierra  
propicio a los halagos, ajeno a los rencores;  
escéptico que pugna por no creer en la guerra,  
sintiendo sus estragos y viendo sus horrores.

Yo gusto de las obras que forjan a mi lado  
los poetas peregrinos de nuestra recia casta,  
sin acuciarme el fúlgido laurel del admirado  
que, con mi noble enjundia de admirador, me basta

Del sol esplendoroso, busco la viva lumbre,  
alzando siempre atentos mis ojos a la altura;  
y al ver a los que altivos caminan por la cumbre,  
yo ni levanto el paso, ni dejo la llanura.

Mi ciencia es esa ciencia del empirismo vago  
que impele y que refrena las alas del deseo.  
Si sé, por lo que ignoro, que yerro en lo que hago,  
ni digo lo que dudo; ni callo lo que creo.

Tengo el deber por norma; mas mi deber vacila  
ante una fuerza atávica<sup>3</sup> e ignota. Si es preciso,  
consulto con mi horóscopo y atiendo a mi Sibila...  
En conceder, soy rápido; en demandar, remiso.

Acaso en mí disculpa encuentren y acomodo  
las más locas pasiones, los gustos más diversos;  
pues sé, por la Sapiencia, que todo se halla en todo;  
y mi perdón va isócrono al ritmo de mis versos.

Las cosas enigmáticas descubren sus arcanos  
al que penetra en lo íntimo del alma de las cosas.  
Yo cuido las orugas, mirando a los gusanos;  
amparo las *crisálidas*, por ver las mariposas.

Ostento la *tricúspide* de mi naturaleza,  
con franco pensamiento; sin velos del vocablo;

[Versión de *De antaño...*] (continuación)

mostrando en mí, *diáfanas*: del *Ángel*, la pureza;  
la intrepidez del *Hombre*; y la inquietud del *Diablo*.

Mas mi inquietud *diabólica*, semítico-pagana,  
no hará que el recto rumbo de mis deberes tuerza;  
se yergue en mí *escudándome*<sup>5</sup> la dignidad humana,  
y en contra de la fuerza de su poder, no hay fuerza.

Jamás sentí en mis venas la incitadora fiebre  
de conquistar la gloria, con falsos atavíos;  
si el vaso en que yo bebo, añora de su orfebre,  
el vino, su fragancia y su color son míos.

El arte luminoso, del vate que adivina,  
es llama de lumbrera y refracción de espejo;  
si en luz propia, sus versos, enciende e ilumina,  
también los abrillanta con luces de reflejo.

Ante el altar del genio, que como sol fulgura,  
rindiéndole mi ofrenda, me postro, no me arrastro;  
que no es, ni reverente, ni propia la postura,  
para admirar al hombre, ni para ver al Astro.

De las pasiones sórdidas, que enciende la política,  
me aparta el noble afecto del altruismo humano;  
huyo la perniciosa emanación mefítica<sup>6</sup>  
que surge de la charca o emerge del pantano...

¡Y así voy, apartando las zarzas del camino,  
por mi áspero sendero, impávido, a la muerte.

Sin pena por las dichas que me negó el Destino,  
ni gloria por los triunfos que me otorgó la suerte!

No podemos negar que, tras leer la «semblanza», podríamos describir interiormente a José Jurado de la Parra: sus inquietudes, sus anhelos, esperanzas, miedos... Un poeta hoy olvidado pero que dijo, y mucho, en su época. Son once serventesios –que se convierten en quince en la versión de *De antaño y de ogaño*– en los que se describe no como poeta adscrito a una u otra corriente sino como seguidor del Arte puro: «rindiéndole mi insólita veneración al Arte». Su caminar por el mundo es sosegado, en particular en su trato con los demás: «propicio a los halagos, ajeno a los rencores». Además no se resiste a realizar una nueva confesión de claro y moderno pacifismo: «y escéptico que pugna por no creer en la guerra,/ sintiendo sus estragos y viendo sus horrores». La afirmación no resulta peregrina, puesto que entre 1914 y 1918 se había desarrollado el primer gran conflicto armado mundial. En el ámbito español, tan sólo cuatro años antes de que esta composición apareciera, el general Primo de Rivera se había levantado en armas y triunfado con su golpe de estado (13 de septiembre, 1923). Con estos precedentes y el ambiente que se vivía en España no es de extrañar que Jurado de la Parra se confesara contrario a la guerra, puesto que en ningún caso sería una solución para los problemas. Él se presenta como un hombre que, aunque «alzando siempre atentos los ojos a la altura», viendo a aquellos que están por encima de su persona, desde el punto de vista del reconocimiento general como poeta, dice: «yo ni levanto el paso, ni dejo la llanura». Es un poeta «pegado» a la gente, cercano a la sociedad. No le interesan los laureles que otros ansían: «Jamás sentí en mis venas la incitadora fiebre/ de conquistar la gloria con falsos atavíos...». Lo que hay en sus versos le pertenece y lo expresa por medio de una preciosa personificación, sin olvidar el hipérbaton: «Si el vaso en que yo bebo añora del orfebre/ el vino... su fragancia... y su color, son míos». Su humildad es aún más patente cuando en los siguientes versos señala como elemento importante en el reconocimiento, por parte de la gente, no sólo el buen hacer sino acaso más la suerte: «¡El poeta sus estrofas brillantes ilumina/ a veces, con luz propia... y a veces, de reflejo!». Y de esta forma tan sencilla y lejana de las luchas por el reconocimiento discurre el quehacer poético de Jurado de la Parra, que luce unas galas de estoicismo propias de un hombre que no duda en protestar contra las injusticias que ve a su alrededor: «¡Sin duelos por las dichas que me negó el destino,/ ni glorias por los triunfos que me otorgó la suerte!». Poema de primera calidad, que tanto recuerda el machadiano «Retrato»<sup>7</sup>, con el que tiene evidentes puntos de contacto: estoicismo, escepticismo, compromiso pacifista, humanidad al cabo.

Nos gustaría realizar una mención aparte para los cuatro serventesios que en la versión de 1936 añade el baezano. Los recordaremos aquí:

Las cosas enigmáticas descubren sus arcanos  
al que penetra en lo íntimo del alma de las cosas.  
Yo cuido las orugas, mirando a los gusanos;  
amparo las crisálidas, por ver las mariposas.

Ostento la tricúspide de mi naturaleza,  
con franco pensamiento; sin velos del vocablo;  
mostrando en mí, diáfanas: del *Ángel*, la pureza;  
la intrepidez del *Hombre*; y la inquietud del *Diablo*.

Mas mi inquietud diabólica, semítico-pagana,  
no hará que el recto rumbo de mis deberes tuerza;  
se yergue en mí escudándome la dignidad humana,  
y en contra de la fuerza de su poder, no hay fuerza.

[...]

De las pasiones sórdidas que enciende la política  
me aparta el noble afecto del altruismo humano;  
huyo la perniciosa emanación mefítica  
que surge de la charca, o emerge del pantano...

Durante toda su vida Jurado desarrolló una labor de revisor incansable que ejerció sobre los versos que escribe. En este caso no hace una excepción y, además de las modificaciones usuales, incluye dieciséis nuevos versos. En ellos continúa con esa semblanza que ha decidido realizar, pero deteniéndose en explicarnos cómo el poeta llega al momento de poder describir lo más escondido, lo menos visible, «penetra en lo íntimo del alma de las cosas». Con el fin de conseguirlo Jurado atiende al proceso desde sus inicios, para mejor comprender el posible final: «Yo cuido las orugas, mirando a los gusanos;/ amparo las crisálidas, por ver las mariposas». Es decir, va al origen de las cosas, mira al ser desde el principio y desde ese momento inicial se compromete, cuando todavía el gusano es oruga o la feliz y bella mariposa es aún original crisálida. Es decir, se plantea el significado del mundo desde el comienzo, entiende al ser desde que es simiente, para comprometerse con él hasta el final. Su quehacer poético no se basa en lo que califica como «velos del vocablo» sino que mezcla la pureza, la intrepidez y la inquietud, cualidades que acompañan

respectivamente a su naturaleza como ángel, hombre y diablo, aunque esta última no pueda con el resto. El último serventesio es quizá el más interesante desde el punto de vista de su propia persona, puesto que su opinión sobre la política es radical y no admite ninguna interpretación errónea. Según Jurado, la política enciende «pasiones sórdidas» y la identifica con una charca, una ciénaga o un pantano de los que surgen gases perjudiciales, que incluso pueden causar la muerte. Según explica, lo que lo aparta de la política es el «noble afecto del altruismo humano». Llegados a este punto y leído este serventesio nos debemos preguntar si en su etapa malagueña Jurado no fue «tentado» para desempeñar algún cargo político. Atendiendo a sus palabras, la idea no parece descabellada. Dada la opinión del baezano, sabemos a ciencia cierta la respuesta. Jamás se comprometió con los políticos del momento, que le merecieron siempre el consabido desprecio<sup>8</sup>.

Poco después aparecerá en la misma publicación «La Vidriera»<sup>9</sup>. Se trata de un poema descriptivo, una composición inserta en el contexto de las fotografías de las vidrieras de la Catedral de Sevilla y la explicación de la historia de las mismas. Con esta intención visual descriptiva se escribe la poesía de Jurado, que se expresa en los siguientes términos:

Allí en la ojiva prisionera<sup>10</sup>  
–tamiz del sol meridional–<sup>11</sup>  
arde una gótica vidriera<sup>12</sup>  
como un incendio de cristal.

Rutila el suelo esmeraldino<sup>13</sup>  
bajo celajes de zafir;<sup>14</sup>  
es de amatistas el camino<sup>15</sup>  
que cabe a un pozo va a morir.

Junto al brocal se alza altanera  
–por no arrastrar su cabellera–  
una magnífica palmera  
que da topacios cara al sol...<sup>16</sup>

¡Llenando su ánfora escarlata<sup>17</sup>  
del bello líquido de plata,<sup>18</sup>  
fulge Rebeca y se recata<sup>19</sup>  
bajo el gigante parasol!



Combinación de dos típicas cuartetas (de rima *abab.*) con dos estrofas de cuatro versos de arte menor cuyos tres primeros versos riman en consonante y los cuatro de ambas riman entre sí: «sol/ parasol». El tema de la vidriera es un elemento ampliamente utilizado en los artistas modernistas, que pasa a los manuales. F. B. Pedraza y M. Rodríguez se refieren a ello en los siguientes términos<sup>20</sup>:

Las vidrieras subyugan a los artistas. Inspiran las obras monumentales de Gaudí, pero también pasan a los objetos cotidianos: las puertas de los salones burgueses, de los balnearios, de hoteles y farmacias. Gabriele d'Annunzio habla de «cinco vidrieras» para aludir a los actos de su oratorio *El martirio de San Sebastián* (1911). Incluso Valle-Inclán:

María Rosario, con el rostro intensamente pálido, tendía sus manos temblorosas hacia la niña, que estaba sobre el alféizar, circundada por el último resplandor de la tarde, como un arcángel en una vidriera antigua (*Sonata de primavera.*)

Como vemos, el tema es muy utilizado por otros autores, entre ellos Valle o d'Annunzio, de este último Jurado de la Parra ya había realizado varias traducciones, por lo que su obra le resulta conocida. La luz que pasa a través de los cristales de las vidrieras confiere a la atmósfera un matiz especial, diferente: «como un incendio de cristal», dice Jurado. Todo el poema es una fiesta de color continuada, donde aparecen adjetivos, sustantivos y sustantivos adjetivados evocados exclusivamente para llenar la escena de color: «sol, esmeraldino, zafir, amatistas, topacios, escarlata». La composición es un claro exponente de la poesía modernista más consolidada. Es la recreación de un ambiente especial, que se alcanza a través de la luz filtrada por las vidrieras, que no sólo permiten que la claridad penetre al interior, sino que la «pintan» de brillantes y rutilantes colores. Los poemas de Jurado presentan, con el paso del tiempo, una complejidad mayor y su factura gana en perfección y belleza. «La Vidriera» es un magnífico ejemplo del Modernismo en el que Jurado combina una visión nueva, de cromatismo pleno: («arde, incendio de cristal, rutila, esmeraldino, zafir, amatistas, topacios, escarlata, plata») en un paisaje cotidiano: la mujer parada ante un pozo, llevando un ánfora para coger agua. Todo ello presidido por una palmera (un árbol que proporciona un cierto matiz exótico). Jurado consigue que los objetos cotidianos, bajo su «vidriada» luz, cobren una vida diferente.

La siguiente contribución del baetano en *La Esfera*<sup>21</sup> será una composición titulada «Recital», dedicada a Berta Singerman<sup>22</sup>. El poema dice así:

¡Oh, Berta! en tu garganta  
anidó Filomela<sup>23</sup>,  
y allí su arpegio vuela  
y gorjea y levanta,  
con tu acento sublime,<sup>24</sup>  
una gota que encanta,  
    si gime,  
y arroba, si canta.  
¡Tu voz es delicia  
gentil del oído;  
    murmullo  
    y caricia  
    y arrullo  
    encendido,  
que al alma acaricia;  
    y orgullo  
    y codicia  
de ostentar el imán del sonido!  
    Tu acento  
    es concentero<sup>25</sup>  
    sonoro  
    de música grata;  
    polifono coro  
    rutilante,  
    vibrante  
    y canoro  
    de fúlgida plata  
y de hierro y de bronce y de oro.  
    Llevas en tu aliento  
    la mística unción  
    del arrobamiento  
    que produce el son,  
        ya grave,  
        ya lento,  
        suave  
        o violento  
    cuya vibración  
    expande en el viento,  
    como una expresión

de lamento,  
de quebranto,  
de oración...  
De queja indecisa  
que emerge de un canto  
divino;  
de frase remisa,  
de espanto  
o pasión;  
de arpegio y de trino;  
de risa,  
de llanto,  
de furia o contento...  
de algo cantarino,  
armónico y fino  
que es del sentimiento,  
no de la canción.  
Todo tu arte soberano,  
sugestivo,  
persuasivo  
y atrayente  
tiene su secreto arcano,  
su magnético incentivo,  
y su fuente,  
en la mágica emoción  
que, ondulante y fugitiva,  
se derrama  
y desparrama  
por la gama  
emotiva  
de tu acento  
y tu dicción  
expletiva,  
que hace al ritmo, viva llama,<sup>26</sup>  
y al conuento<sup>27</sup>  
llama viva  
y refulgente<sup>28</sup>,  
privativa<sup>29</sup>  
de tu ardiente  
corazón!

Poema absolutamente elogioso hacia la cantante, que encabeza con «Dos retratos recientes». Parece como si nuestro poeta se hubiera convertido en un «escritor por encargo». Explicamos esta afirmación. No es la primera vez que señalamos que, junto a la poesía de Jurado, aparecen fotografías, cuadros o dibujos y que la composición versa sobre las imágenes. Ocurre exactamente lo mismo en esta ocasión, donde ya decíamos que encontramos dos fotografías de B. Singerman. Puesto que nuestro poeta es un autor consumando y su verso elegante y ágil, a la vez que resulta agradable al oído, no parece extraña la posibilidad de que *La Esfera* pudiera haber solicitado del baezano algunos poemas sobre un tema en concreto o, como es el caso, sobre una persona. Quizá ocurra lo contrario y sea el semanal el que ilustre su página dependiendo del asunto del poema.

Como vemos, la composición es una sucesión de adjetivos elogiosos para la persona y el arte de Berta Singerman. La estructura de la misma es muy parecida a la «Sonatina» que dedicó a Angelita Benlliure<sup>30</sup>, aunque esta sea de mayor extensión. El «Recital» merece sin duda que nos detengamos unos instantes más. Jurado consigue crear una sensación en cada verso («caricia, arrullo, codicia, grave, suave, violento, espanto, pasión») un sentimiento que transmite, en algunas ocasiones, en tan sólo dos sílabas. Con esta concisión, Jurado dotará el poema de un ritmo ágil, fresco e incluso divertido, pero eso sí, sin perder profundidad puesto que cuando el lector finaliza la composición tiene la sensación de haber oído el tono de Berta Singerman. El «Recital» es un puro juego del baezano que por medio de la adjetivación «sonora», los contrastes y las derivaciones crea una composición llena de «sonidos» que con su ritmo nos acerca a la figura de la gran declamadora, de suerte que aún sin conocerla, tras su lectura podemos hacernos una clarísima idea sobre el impacto que con su voz provocaba en todos aquellos que la escuchaban.

En agosto de ese mismo año<sup>31</sup> y bajo el título de «Tres Rosas malagueñas de González-Anaya, en *Jardines granadinos*, de Rusiñol», aparecen tres sonetos. Se trata, pues, de un tríptico ya que a cada uno de ellos le corresponde un cuadro que refleja diversos paisajes de Granada. La primera composición dice así:

El jardí abandonat<sup>32</sup>  
MARÍA

El silencio ha apagado el rumor cantarino  
de esa fuente, riente en venturoso día.  
Ya no da en la enramada el rui señor su trino  
y se funde el misterio con la melancolía.

María: la poesía del jardín granadino  
tornaría a su prístino esplendor; tornaría  
a las gracias de Flora, si tu rostro divino  
lloviese en él los dones de su casta alegría.

¿Sueña contigo, acaso, la señorial morada?  
¿con tu voz, el silencio de la fuente callada?  
¿con el sol de tus ojos, el umbroso capuz?<sup>33</sup>

¡Tiende aquí, niña bella —que admiro y reverencio—,  
tu mirada de estrella, y romperá el silencio  
la magnética huella de tu risa de luz!

El soneto no deja de ser un ejemplo del modernismo típico, primero por el metro, pues se trata de un soneto en alejandrino (estructura consolidada por el Modernismo, como es sabido) y en segundo lugar, por la temática y el ambiente: el jardín, la fuente, el rui señor y su trino, la joven... y aún más llamativa resulta la musicalidad en los versos del baezano. Existen frecuentes consonancias internas a lo largo de todo el texto, tanto en el mismo verso sino entre un verso y el siguiente. Así, en el segundo tenemos: «fuente/riente» y, posteriormente, la búsqueda de ese tono continúa de forma más patente en los siguientes, con la recurrencia en eco que conforman, por ejemplo, los versos cuarto y quinto, o la epanadiplosis o epanalepsis del verso sexto:

y se funde el misterio con la *melancolía*.

*María: la poesía del jardín granadino  
tornaría a su prístino esplendor; tornaría*

Las palabras que hemos resaltado (en cursiva) conforman el fenómeno al que aludimos. Jurado continúa su soneto con el contraste formal entre los dos tercetos. El primero está organizado por la sucesión de in-

terrogaciones retóricas, mientras que el segundo gira en torno a la exclamación. Todo ello configurado por el paralelismo que cada interrogación supone al hacerla coincidir con cada verso (9, 10 y 11).

El segundo de los sonetos lleva el título de «Granada al Vespre» y el nombre que lo subtitula es «LOLÓ», y dice así:

Mira, Loló, y admira esta linda pintura  
en que un pincel divino sorprendió, allá en Granada,  
con el misterio véspero, la inefable dulzura  
de la luna eucarística, en la noche sagrada.

Rusiñol atesora la magia en su paleta  
del color de las fúlgidas rosas de Andalucía...  
De las que hay en tu cara, Rusiñol no sabía,<sup>34</sup>  
¡Oh, si de ellas supiese el «artista-poeta»!

Él pusiera sus rosas, pomposas y olorosas,  
ruborosas y hermosas, en tus manos ducales,  
al ver tu gentileza y tu incentivo imán...

¡Yo tiendo una alcatifa<sup>35</sup> de claveles y rosas  
bajo tus pies, que pasan, rimando himnos triunfales,  
por los bellos jardines del pintor catalán!

Continúa la alabanza a una mujer, en este caso, «Loló». De nuevo se repiten las consonancias internas, tan del gusto modernista. Se trata de un bello soneto en alejandrino que el baezano comienza con un políptoton: «mira/ admira», pero será en el primer terceto donde reúna hasta cinco palabras –un sustantivo y cuatro adjetivos– que mantienen esa consonancia entre los versos noveno y décimo: «rosas/ pomposas/ olorosas/ ruborosas/ hermosas». También nos gustaría llamar la atención sobre la palabra «alcatifa», sustantivo del árabe hispánico, que procede a su vez del árabe clásico, y que resulta muy apropiado en el soneto, puesto que Jurado de la Parra sitúa la escena en Granada, quizá en uno de los jardines árabes de la Alhambra.

Por último, el tercero de los sonetos, presentado también en un paisaje concreto, es el siguiente:

La Glorieta dels enamorats  
ADELA

Su tesoro de arpegios Filomela deslíe  
en la umbría frondosa de la amable Glorieta...  
El surtidor sonrío... cantarino sonrío,  
al encanto incentivo del pincel del poeta.

Los cipreses y mirtos que el bosqueje embalsaman  
atraen a «La Glorieta» a los finos amantes,  
y aquí, con mudos éxtasis, los amantes se aman  
a la caricia pérfida de olores penetrantes.

Oye, Adela, esa mágica canción de Filomela,<sup>36</sup>  
como amoroso enigma de la pasión que cela,  
y en que el «pájaro lírico» revela su interés...

¡Escucha el «Sésamo-Ábrete» que han de decirte luego,  
descifrando el enigma, con sus lenguas de fuego,  
la fragancia del mirto y el olor del ciprés!

El tono del soneto, como observamos, discurre en el mismo tono que los anteriores. Como ya hizo en su composición a Berta Singerman, utiliza el clásico sustantivo «Filomela» para referirse al ruiñeñor. Volverá a hacer uso de la derivación y el políptoton: «amantes/ aman», aunque la consonancia, que en el anterior había mostrado profusamente, queda aquí reducida al matiz de las líquidas en leve sensación: «Adela/ Filomela/ revela». El léxico es el más típicamente modernista, utilizado con un perfecto dominio por quién ya es maestro: umbría, surtidor personificado que sonrío, cipreses y mirtos, olores penetrantes, amorosos enigmas... El poeta se muestra ya como consumado maestro en los recursos, en un texto modélico.

La siguiente colaboración de Jurado en el semanario será «El ópalo de los Médicis»<sup>37</sup>. Sin duda alguna es la composición más ambiciosa que presenta en la publicación y que hemos podido encontrar de nuestro poeta por esos años. En el texto aparecido en *La Esfera* no hay dedicatoria. Sin embargo en *De antaño...* encontramos las siguientes palabras: «A Blasco Ibáñez, novelista insigne; mi amigo y camarada de *Vida Nueva*». Como consecuencia de esta dedicatoria, en el prólogo de la obra, que escribe, como ya hemos dicho en otras ocasiones Salvador González

Anaya, encontramos unas palabras del prologuista, que nos habla de esta composición e inserta una carta de Blasco Ibáñez, respondiendo a la dedicatoria del baezano. Recogemos sus palabras y la misiva:

...Y el poema «El ópalo de los Médicis» que, por sus vivas coloraciones, por el impresionismo de sus imágenes, y el preciosismo de su forma es parigual a las pinturas que van firmadas por Fortuny<sup>al</sup>. Pero de estas estrofas resplandecientes que Jurado de la Parra dedicara al autor de *Cañas y Barro* mejor que el toque de mi pluma, háblenos la del novelista. Séanos lícito, pues, transcribir a continuación la hermosa carta que este último dirigió a aquel como respuesta a la dedicación del poema. La epístola de Blasco Ibáñez dice así:

Sr. don José Jurado de la Parra, Málaga.

Querido amigo y compañero de letras: su carta representa para mí una enorme satisfacción, pues evoca aquella época lejana, juvenil y entusiástica de *Vida Nueva*. Al mismo tiempo me envía usted un regalo principesco, su hermoso poema «El ópalo de los Médicis», que guardaré con toda la atención que merece.

Es usted, como siempre, un gran poeta, un verdadero poeta de nacimiento, no como muchos otros que son poetas únicamente por voluntad y por estudio, sin la fuerza intuitiva y natural que caracteriza al verdadero poeta.

Siento que se haya usted retirado de Madrid, y al mismo tiempo lo celebro. Aquel ambiente va resultando cada vez más fatal para los que tienen una personalidad propia. A orillas del mar, en esa hermosa ciudad, se sentirá Ud. más fuerte y más completo para realizar obras definitivas. El verdadero artista en España sólo puede producir obras originales apartado de Madrid, no por ser Madrid, sino por el ambiente artificial y mefítico que ha creado la concentración de tantos malvados o estúpidos, explotadores por tradición de la vida política del país, y embrutecedores de su vida intelectual.

Ya sabe usted que aquí me tiene a sus órdenes, si alguna vez puedo servirle. Creo que tardaré en volver a España, o no volveré nunca. Mientras manden ahí únicamente los reyes, los militares y los curas, mejor vivo en el extranjero; y especialmente aquí, a orillas de nuestro Mediterráneo.

Reciba un abrazo, querido y gran poeta, de su antiguo amigo y admirador de siempre. V. Blasco Ibáñez.

Villa *Fontana Rosa*. Mentón. (Alpes Marítimos), 27 de Febrero de 1926.

Como podemos observar por la fecha, el poema debió escribirse en 1925 o a principios de 1926, ya que la carta es de febrero. Casi con toda



seguridad Blasco Ibáñez recibió de nuestro poeta la composición autógrafa, ya que la primera vez que tenemos noticia de que fuese publicada será en *Blanco y Negro*, con fecha del 27 de mayo de 1928, bajo el título de «De Blanca de Cappello a Fernando de Médicis» y donde Jurado de la Parra señala: «Del poema inédito *El ópalo de los Médicis*». No se incluye la dedicatoria, que sólo aparecerá en *De antaño y de ogaño*.

Se trata de una larguísima composición, pues, formada por doscientos cincuenta y cuatro versos, que por su interés reproducimos, señalando las variantes en *De antaño y de ogaño*:

Blanca de Capello, gentil veneciana,  
con rango y estirpe para Dogaresa<sup>39</sup>,  
astuta y hermosa, felina y liviana,<sup>40</sup>  
de amores impuros muy joven fue presa.<sup>41</sup>  
Florencia cobija su amor clandestino<sup>42</sup>  
—allí sueña Blanca con ser gran duquesa—.<sup>43</sup>  
Leyendo las obras de Pedro Aretino<sup>44</sup>,  
se dio a la aventura de gran cortesana...  
Francisco de Médicis la halló en su camino,  
y osada y altiva la audaz barragana,  
asida a la mano de aquel libertino,  
al fin hasta el trono subió de Toscana.

—

Propincuo<sup>45</sup> heredero de aquel gran ducado  
—emporio y antorcha del Arte y la Ciencia—,  
Fernando de Médicis, sagaz purpurado,  
es en Liorna y Siena y en Pisa aclamado  
al ver del gran duque la torpe imprudencia;  
mas Blanca, a quien hizo su propio pecado  
al par infecunda y artera, prepara<sup>46</sup>  
por falso derecho lograr esa herencia:  
burlando del duque, su esposo, el cuidado,  
llegó a la execrable y audaz fraudulencia  
que un crimen inicuo encubre y ampara,<sup>47</sup>  
pues siendo ella estéril, dio a luz en Florencia  
un niño que había nacido en Ferrara.

—

La historia secreta del hecho nefando  
rompióse en difusos malignos rumores,

que en toda Toscana sus voces alzando  
irrumpen en Roma con vivos clamores.  
A un bando que se alza sucede otro bando;  
excita sus quejas la grey florentina;  
asaltan a Blanca inquietos temores  
—al ver cómo pugnan Francisco y Fernando—,  
y huyendo al peligro de guerra intestina,  
presagio temible de males mayores,  
se apresta al combate, la lucha afrontando.  
En un vivo arranque, se dijo, ladina:  
«¡A Roma por todo!...» calmó sus furores  
y escribe a Fernando tan suave, tan fina,  
con tales lisonjas y tales loores,  
que el prócer del Sacro Colegio se inclina,  
cediendo al halago de encantos traidores.

—

La gran duquesa de Toscana  
dice en su carta al cardenal:  
«No por mi enlace; soy tu hermana  
por el afecto fraternal»

—

Yo te saludo reverente,  
que de tu estirpe para prez<sup>48</sup>,  
vas con el séptimo Clemente<sup>49</sup>  
tras de las huellas de León diez<sup>50</sup>.

—

¿Qué otra grandeza se compara  
con la que tú vas a alcanzar?<sup>51</sup>  
Tienes el píleo, la tiara<sup>52</sup>  
vendrá en tu frente a fulgurar.

—

En Roma das magnificencia...  
¡Nunca se eclipse tu esplendor!  
Pese a la sórdida opulencia  
el fausto viste al gran señor.

—

Pediste al duque unos florines<sup>53</sup>  
que se te mandan. ¡Dobles van!<sup>54</sup>  
En tu morada los festines  
dignos de un Médicis serán.

—  
Gasta a tu antojo; no halle tasa  
cuanto tu rango pida ahí...  
Tienes las llaves de esta casa  
y su arca abierta para ti.

—  
Nuestro palacio de Florencia  
te espera siempre, cardenal...  
Ven con nosotros; tu presencia  
hará el afecto más cordial.

—  
La residencia de Cajano  
brinda un sedante a tu inquietud.  
¡Allí, el pinar de Montalbano  
deja en las auras la salud!

—  
¡Ven!... La duquesa de Toscana  
hará la ofrenda de su fe  
al «Santo Padre» de mañana.  
¡Ven! en Florencia te diré...

—  
En una suave prominencia  
—estribación de Montalbano—  
está la Quinta de Cajano;  
de Florencia  
tan cercana,  
que en verano  
y en la estación primaveral,  
los grandes duques de Toscana  
tienen allí su residencia  
habitual...  
¡Con ellos vive ya en Cajano,<sup>55</sup>  
como hermano,  
Su Eminencia  
el Cardenal!

Fernando de Médicis, salaz y elegante,  
acudió al reclamo de la gran duquesa  
y estará –aunque el caso le apure bastante–<sup>56</sup>  
con los grandes duques sentado a la mesa,  
sin que nadie altere su ambiguo semblante.<sup>57</sup>  
El rictus de raza va en él por divisa;  
es parco en lisonjas y encubre ladino,  
en suaves susurros, su psiquis remisa...  
Hay algo en su intenso mirar aquilino  
que acusa y revela su fondo pagano...  
Jovial es su gesto y amarga su risa...  
Con toda la astucia de un Dux veneciano,  
recorre Fernando su oblicuo camino.  
El ópalo fúlgido que lleva en su mano  
de mal y ponzoña, le advierte y le avisa:  
¿se empaña?... El peligro se anuncia cercano;  
¿pasó la amenaza?... La gema se irisa...  
¡Así, mi buen príncipe, penetra lo arcano  
y está en el secreto, seguro y deprisa!

—

Hay de Poggio Cajano,  
en la linda y famosa residencia<sup>58</sup>  
del gran duque toscano  
-que evoca la de Pitti<sup>59</sup>, de Florencia-  
una estancia apartada y silenciosa  
de gran magnificencia  
y en paramentos rica y suntuosa.<sup>60</sup>  
Tiene la bella estancia,  
severa y peregrina,  
de una pinacoteca la prestancia,  
del cedro la fragancia<sup>61</sup>  
y un imán incentivo de vitrina.<sup>62</sup>  
Allí la gran duquesa  
mandó servir la mesa,  
libre de la etiqueta palatina.  
En su recinto, por rendir tributo  
al Arte que los Médicis amaron,  
perennes se ostentaron  
de Vasari, del Sarto, Benvenuto,

Botticelli, Ticiano, Perugino  
y de Juan de Bolonia y el Bronzino,  
y Leonardo da Vinci y Donatello  
las obras prodigiosas...  
¡Entre tanta reliquia, poned rosas  
a lo Blanca Capello  
y haréis, como ella, de las estancia Cielo!  
La nieve del mantel, rico en primores,  
que en festones y randas le guarnecen,  
se esmalta con cien gemas de colores  
y entre múrrinos<sup>63</sup> vasos, resplandecen  
sartas de perlas anudando flores.  
Fulge allí el gran tesoro,  
rutilante y mirífico<sup>64</sup>,  
de la vajilla y cálices de oro,  
joyas que el Arte consagró al Magnífico.  
En tres altos sitiales  
de brocatel de oro y palisandro<sup>65</sup>,  
con las cifras ducales  
de Cosme, de Lorenzo, de Alejandro...  
se sientan a la mesa  
el cardenal, gran duque y gran duquesa.  
Blanca se viste de tisú de plata,  
festonado de armiño  
el amplio escote que sujeta y ata  
la brillante esmeralda de un brinquiño<sup>66</sup>;  
de Fernando, en la fúlgida escarlata,  
son los finos encajes de Malinas,  
espuma que de la ola se desata  
y en la púrpura finge catarata  
de reflejos que hieren las retinas...  
El duque lleva el traje florentino,  
polícromo y vistoso  
de su uso palatino,  
con singular prestancia.<sup>67</sup>  
Apuesto y luminoso,  
tiene el gran libertino soberano<sup>68</sup>  
el arte peregrino  
y suprema elegancia  
que dieron los pinceles de Ticiano

a un retrato divino  
que hay en el centro de la rica estancia...<sup>69</sup>

—  
Para aquellos príncipes y la egregia dama,  
la comida regia transcurre cordial.  
La charla es amena, discreta y sencilla...  
Mas nadie se lanza con un epigrama;  
tampoco ninguno dice un madrigal...<sup>70</sup>  
¡El ópalo terso e irisado brilla  
que en su anillo de oro lleva el cardenal!

—  
Fernando deglute y su ópalo explora.  
De todos los platos celebra el sabor;  
proclama del vino la viva excelencia;  
se muestra gozoso, y a la hora de ahora<sup>71</sup>  
no encuentra a su gusto comida mejor...  
¡Mas siempre a hurtadillas mira Su Eminencia  
si el ópalo fúlgido cambia de color!

—  
Esto, dice Blanca, un postre alargando  
en una salvilla<sup>72</sup> de oro, para ti.  
El duque me dijo que era tu delicia,  
y lo hice en tu obsequio yo sola, Fernando;  
¡prueba a ver si lo hallas de tu gusto así!  
—¡Su Eminencia nota que su ópalo inicia<sup>73</sup>  
la mancha alarmante de un azul turquí!—

—  
—¡Oh! ¡cuánto agradezco, duquesa y hermana,  
la fina fineza del dulce manjar!...  
Comí con exceso y es bien que aquí acabe...  
¡Mañana!... ¡Es lo mismo!... ¡Mañana, mañana!  
¡No puedo, duquesa; no debo probar!...  
La gula es en todos pecado muy grave,  
y en mí, con la púrpura, horrendo el pecar!

—  
—¡Bien, bien! no lo tomes —dijo el duque airado—  
si cree que hay pecado tu cándida fe;  
pero está mejor y es más de mi agrado  
que por cortesía se acepte en mi mesa  
y se le haga honor a obsequio que fue<sup>74</sup>

una donosía<sup>75</sup> de la gran duquesa.  
¡Dame el dulce que yo lo tomaré!

—

—Blanca, presurosa, dice: ¡No egoísta!  
Los dos comeremos. ¡Hay para los dos!  
Las damas, primero. ¡Así es la finura!...  
—Fernando aquel dulce no pierde de vista,  
y al ver que lo ingieren uno de otro en pos,  
a su ópalo mira, que limpio fulgura  
y eleva un susurro de ¡gracias a Dios!

—

Con voz entrecortada y desvaída,  
a la que supo dar la gran duquesa  
tono de sobremesa  
y acento de una eterna despedida,  
dijo entre reticente y conmovida:<sup>76</sup>  
moriré en la creencia  
de que este pecado mortal  
tan grave aquí en Cajano,  
en Florencia,  
capital  
del gran territorio toscano,  
por litúrgica indulgencia  
o por espíritu pagano  
ancestral,  
y aun por precepto ritual  
muy cristiano,  
¡lo absolverá sin penitencia  
sacramental,  
nuestro hermano  
Su Eminencia  
el Cardenal!

—

Con dedos de rosa, la nueva mañana  
descorre de oriente la clara cortina  
y el alba alumbrando la línea lejana  
envuelve los cirrus de tinta opalina  
en ráfagas de oro, de púrpura y grana.  
¡El carro de Aurora radiante fulmina  
los rayos de Apolo que apresta Diana,<sup>77</sup>

y cuando en el punto supremo culmina,  
radiando la esfera su luz soberana,  
incendia los Cielos, la tierra ilumina,  
rutila en Florencia y fulge en Toscana!<sup>78</sup>

.....

Fernando, en el solio, sonriente examina  
su gema de magia egipcio-pagana  
que anuncia y previene del mal que avecina,  
así como avisa de gloria cercana...  
Y al ver que arde en vítores la grey florentina,  
que en su ópalo irradia la luz meridiana,<sup>79</sup>  
¡susurra de un rezo la frase latina  
con que ora y absuelve la Iglesia Romana!

El poema narra la conocida historia, en la Florencia del XVI, de Blanca Capello<sup>80</sup> y los hermanos Francisco<sup>81</sup> y Fernando de Médicis<sup>82</sup>. Jurado comienza el poema describiendo el malestar de la gente contra el gobierno de Francisco de Médicis, que vuelve sus ojos al cardenal Fernando, hermano de este. Ante esta situación, Blanca, esposa de Francisco, escribe al obispo invitándolo a ir con ellos a Florencia. Para transcribir las palabras, llenas de adulación, de Blanca Capello, Jurado de la Parra utilizará una estrofa distinta: serán nueve cuartetos enneasílabos. La alternancia de diferentes metros y estrofas será ampliamente utilizada por el baezano. En este *ópalo de los Médicis*, dada su extensión, podemos verla con mayor claridad; por ejemplo, el lugar en que se señala está el palacio del Gran duque Francisco se presenta en estrofa alirada, que combina enneasílabos y tetrasílabos:

En una suave prominencia  
–estribación de Montalbano–  
está la Quinta de Cajano;  
de Florencia  
tan cercana  
que en verano  
y en la estación primaveral,  
los grandes duques de Toscana  
tienen allí su residencia  
habitual...  
¡Con ellos vive ya en Cajano,  
como hermano,  
Su Eminencia  
el Cardenal!



A continuación se describe a Fernando de Médicis: salaz, galante, semblante ambiguo, atento mirar, jovial en su gesto, de sonrisa amarga, astuto... Para ello un nuevo cambio de metro: versos de arte mayor, dodecasílabos. Y, seguidamente, se detiene en el lujo y majestuosidad de la habitación del palacio donde comerán los dos hermanos y Blanca. Cambia de nuevo el metro; ahora la silva será la estrofa elegida.

El momento crucial el poema llega cuando a Fernando se le ofrece un postre que la gran duquesa ha preparado para él. Pero este, que observa que su ópalo cambia de color, lo rechaza argumentando que, si lo comiera, cometería pecado de gula. Llegados a este punto Jurado aprovecha la historia y pone en juego su imaginación para ofrecer al lector el punto culminante de la intriga. En la realidad, tras el banquete los duques mueren y los ojos se volvieron hacia la figura de Fernando de Médicis al que se consideró como el responsable del envenenamiento. No pudo probarse nada, pero el baezano aprovecha para introducir el «ópalo» que da título a la composición como el elemento «mágico» que lo libra del mismo destino. El motivo de insertar una historia real y fabular sobre ella es muy utilizado en nuestra literatura. Uno de los ejemplos más conocidos en este ámbito quizá sea el de *Raquel*, de Vicente García de la Huerta. El poema concluirá con una serie de dodecasílabos, en los que se ironiza sobre la facilidad que la Iglesia tiene para perdonar desde el crimen más horrendo hasta la que podamos considerar la más absurda de las faltas. Como podemos observar Jurado no duda en criticar, como ha hecho en otras muchas composiciones la labor de la iglesia.

Dos son los asuntos cruciales que Jurado intenta reflejar en el extenso poema del que venimos hablando: el disgusto de la gente ante el mal gobierno de un –en este caso– Gran Duque y la ironía sobre costumbres de la época, de las que no se libra la iglesia por el perdón otorgado.

Tras esta amplia colaboración, el baezano volverá a la publicación semanal con un «Monólogo»<sup>83</sup>, traducción de *Los bandidos* de Schiller<sup>84</sup>. Los versos escogidos por Jurado de la Parra son veintiséis endecasílabos y heptasílabos en la siguiente combinación:

¡Dios vengador, piedad!... ¡No los escuches!...  
Señor, ¿pude yo acaso remediarlo?...  
¡Evitas Tú, Dios Todopoderoso,  
que la peste terrible,  
o las iras del Cielo desatadas,  
hieran, Señor, y maten  
a justos y a malvados, juntamente?...

La llama arrolladora  
abrsa por igual cizaña y trigo,  
cuando en las mieses arde;  
y si insectos dañinos aniquila,  
también quema y destruye del «pan nuestro»  
la bendita promesa, en los trigales...

He aquí, Señor, a un hombre avergonzado  
por lanzarse atrevido  
a jugar –en la lucha de los hombres–  
con la maza de Júpiter,  
derribando pigmeos, cuando pensaba  
aplstar a titanes... ¡Vete lejos  
a llorar tu impotencia; no eres digno  
de llevar en tus manos  
la fulgurante espada vengadora  
del Todopoderoso!...  
¡Renuncio a la grandeza de mis planes,  
y correré a esconderme en una cueva  
adonde el Sol no alumbre mi ignominia!

Para Schiller, la literatura es el reflejo de la vida humana en cada momento histórico concreto. En este monólogo, perteneciente a su drama *Los bandidos*, vemos claramente reflejada esta idea. El personaje muestra una actitud desafiante hacia aquel al que se dirige. Su mensaje inicial es muy claro: «el fin puede justificar alguna vez los medios», ya que es imposible no arrasarlo bueno en el afán por erradicar lo malo. Incluso increpa directamente a Dios, a quien pregunta si cuando desata sus iras hace distinciones o el «castigo» es para todos igual. Sin embargo, a pesar de su tono un tanto exaltado, los tres últimos versos constituyen el arrepentimiento de todo lo que ha dicho o hecho. El fin no justifica los medios, por oportunos o convincentes que estos sean.

La última colaboración en el semanario de Jurado de la Parra tiene lugar un mes antes de que *La Esfera* desaparezca, en enero de 1931. El texto elegido será una nueva traducción de Schiller, en concreto el «Monólogo de Moor»<sup>85</sup>. La composición, más amplia que la anterior, combina cincuenta endecasílabos y heptasílabos y dice así:

¡Hasta mañana, bien; hasta mañana!...  
¡esta será una noche interminable!  
Ese mañana, para Moor al menos,  
nunca amanecerá... Mas no creáis,  
sombras acusadoras de mis víctimas,  
que temblará mi brazo. ¡Moor no tiembla!  
El pavoroso cuadro de mis crímenes  
lo ha trazado el Destino inexorable  
con su mano inflexible, y fue engarzando  
eslabón y eslabón, a su cadena  
perdurable y tenaz... ¡Oh, quién alcanza  
a penetrar la génesis del hombre!...  
¡Las herencias atávicas; los morbos  
de mis progenitores; levaduras  
del preceptor de la nodriza acaso  
formaron en mí el monstruo!...  
Tiempo y eternidad aquí se abrazan  
sobre el cañón de esta pistola... ¡Oh, llave  
pavorosa y terrible,  
que al mismo tiempo cerrarás la puerta  
del calabozo estrecho de mi vida,  
que has de abrir a mis ojos  
la excelsa, fulgurante  
y amplia mansión, en donde vive augusta  
la eterna libertad! ¿Dime, tú, dónde  
vas a llevarme? ¡porque ante esa duda,  
la Humanidad atónita sucumbe!  
¡No, no! Un hombre no debe  
temer ni vacilar, por más que ignore  
cómo será ese ignoto  
más allá de la vida...  
¡Si persiste «mi yo», sea como quiera!  
Las apariencias son, al fin y al cabo,  
el color del espíritu. Yo mismo  
soy mi Gloria y mi Infierno...  
Si las mismas miserias que aquí, en este,  
allá, en el otro mundo me acosasen,  
¿no podré, como aquí, cortar la trama  
de mi existencia a mi completo antojo?...  
Soy libre, sí; soy libre y nada puede

coartar la libertad de mi designio.  
Pero morir por miedo a los dolores  
de una vida penosa, ¿no es acaso  
proporcionarle a la miseria un triunfo  
sobre mí mismo?... ¡No! Prefiero antes  
los amargos pesares de la vida.  
¡Sufrirlos ya es vencer! Así, arrostrándolos,  
quebrantará el dolor mi propio orgullo...  
¡El Destino lo quiso!... ¡Viviremos  
cumpliendo nuestro fin sobre la Tierra!

De nuevo un monólogo, en el que el personaje comienza enfrentándose a la vida que le ha tocado. En un primer momento señala que el mañana no existirá para él: «Ese mañana, para Moor al menos,/ nunca amanecerá...». La situación sube de tono cuando nos damos cuenta de que lo que ocurre es que Moor pretende suicidarse:

Tiempo y eternidad aquí se abrazan  
sobre el cañón de esta pistola... ¡Oh, llave  
pavorosa y terrible,  
que al mismo tiempo cerrarás la puerta  
del calabozo estrecho de mi vida,  
que has de abrir a mis ojos  
la excelsa, fulgurante  
y amplia mansión, en donde vive augusta  
la eterna libertad!

Sin embargo, como ya ocurriera en el monólogo anterior, el personaje se da cuenta de lo absurdo de su decisión inicial, puesto que es posible que los miedos y dolores que está sufriendo en esta vida lo acompañen y atosiguen también en la siguiente. Y se lanza una pregunta retórica, llena de sentido: «¿no es acaso/ proporcionarle a la miseria un triunfo/ sobre mí mismo?...». Su decisión salvadora, positiva finalizará el monólogo con una serie de exclamaciones, que son a la vez una toma de postura ante el dolor y la manera de afrontarlo. La identificación de pensamiento por parte de Jurado parece palpable. La veta romántica parece superada por el hombre moderno que entiende que la vida se nos dio para vivirla, que no conviene prescindir de ella inútilmente, pues tendrá un inexorable final que no hay por qué anticipar. Compromiso pues, positivo con el ser humano, lejos de utópicos absurdos y del suicidio.

## CONSIDERACIONES FINALES

Está claro que, tras estas páginas, ese «retiro» de Jurado solamente se refiere a su actividad en Madrid. José Jurado de la Parra, avezado poeta no puede, quiere o sabe parar en su labor. Puede, como dice, que por motivos de salud decidiera volver a su Andalucía natal y asentarse en Málaga pero a lo que no está dispuesto, vista su contribución a las publicaciones de la época, es a «jubilarse». Para Jurado, y lo dice en muchas de sus composiciones su labor es la de contar todo aquello que ve, los miedos, los peligros a los que se enfrenta la sociedad española. Ese ha sido siempre su deseo. No quiere cantar a los pájaros sino advertir y aconsejar. Años antes de que estallara la nefasta Guerra Civil española, Jurado ya advertía de los peligros de que los políticos se cegaran por la avaricia y el poder dejando de lado la labor por la que habían sido elevados al poder. No podemos resistir la tentación de reproducir un fragmento de su clarificador y magnífico poema con título que suena y es un aviso «Toque de atención»<sup>86</sup>, los versos dicen así:

No ajeno a las hondas luchas  
del mundo que le rodea,  
ni indiferente o callado  
ha de vivir el poeta,  
cuando mira desquiciarse,  
del progreso a la carrera  
los carcomidos soportes  
de una sociedad decrepita;  
[...]  
que políticos rapaces  
hacen del Estado presa,  
llevándosele en jirones  
entre sus garras sangrientas;  
que la codicia de arriba  
reparte abajo la anemia,  
que el hambre amenaza muerte,  
y que avanza la ola negra  
como tromba de justicia,  
que arrolladora y soberbia,  
la iniquidad ahoga en sangre  
que redime y que nivela;  
el genio a los cuatro vientos  
debe tocar sus trompetas,

eco de un siglo que acaba  
pequeño con sus grandezas,  
y precursor de otro siglo  
de redención, que se acerca.

Magníficos versos que nos muestran de nuevo la catadura de José Jurado de la Parra que, a pesar de sus palabras, no perderá nunca la fe en la raza humana: «precursor de otro siglo/de redención, que se acerca». A pesar de sus palabras, de la ola «negra» y de la codicia de los políticos, Jurado mantendrá su esperanza en que su labor y la de otros mantendrán «alerta» a la sociedad.

## NOTAS

- <sup>1</sup> *La Esfera*, 9, julio, 1927.
- <sup>2</sup> *Op. cit.*, pp. 20-22.
- <sup>3</sup> Tendencia a imitar o a mantener las formas de vida, costumbres, etc., arcaicas, relacionadas con los antepasados. Lo atávico supone aquí, pues, algo así como antiguo, desconocido, extraño, etc.
- <sup>4</sup> Que se hacen en tiempos de igual duración. Se dice del movimiento o de la unidad rítmica de igual duración. Entiéndase, pues, que el perdón se produce al mismo tiempo que escribe.
- <sup>5</sup> Todos estos vocablos proparoxítonos (crisálidas, tricúspide, diáfanos, diabólica, escudándome) obedecen a una lectura claramente modernista de textos, madurada tras el paso del tiempo.
- <sup>6</sup> Dicho de una cosa que, respirada, puede causar daño y especialmente cuando es fétida.
- <sup>7</sup> Nos referimos al poema de Antonio Machado del que sólo reproducimos el primer cuarteto y que comienza así: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,/y un huerto claro donde madura el limonero;/mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;/mi historia, algunos casos que recordar no quiero...» El poema consta de nueve cuartetos de versos alejandrinos y rima consonante alterna.
- <sup>8</sup> Esto no es óbice para que no admirara y lo uniese una gran amistad con políticos de su época como fueron Alejandro Lerroux, Pablo Iglesias o el presidente de la República Niceto Alcalá Zamora. Lo que causa el desprecio de Jurado es el hecho de que esos políticos olviden su labor hacia el pueblo.
- <sup>9</sup> *La Esfera*, 10, marzo, 1928. Aparecerá también en *De antaño...*, *cit.*, p. 81. Contiene variaciones que señalaremos y, junto a ella, hay una segunda «Vidriera». Ambas van dedicadas con las siguientes palabras: «Para mi bella y buena amiga Anita Armasa de Accino, muy cordialmente».
- <sup>10</sup> En *De antaño*: «En áurea ojiva prisionera»
- <sup>11</sup> Metáfora por aposición e impura.
- <sup>12</sup> En *De antaño*: «brilla la gótica vidriera»
- <sup>13</sup> En *De antaño*: «Destella el suelo esmeraldino;»
- <sup>14</sup> En *De antaño*: «y el cielo irradia su zafir,»
- <sup>15</sup> En *De antaño*: «en la amatista del camino»
- <sup>16</sup> En *De antaño*: «con sus topacios cara al sol...»
- <sup>17</sup> En *De antaño*: «Llenando la ánfora escarlata,»
- <sup>18</sup> En *De antaño*: «del limpio líquido de plata,»
- <sup>19</sup> En *De antaño*: «Rebeca surge, y se recata,»
- <sup>20</sup> Felipe B. Pedraza, Milagros Rodríguez «El Prerrafaelismo: la gracias aérea del Medievo», p. 36.
- <sup>21</sup> *La Esfera*, 5, mayo, 1928. Recogida en *De antaño, cit.*, pp. 62-64.
- <sup>22</sup> Declamadora rusa nacionalizada argentina. Nacida en Mosyí, pronto emigró a Buenos Aires. La tersura de su voz y su arte para la declamación hicieron de ella la mayor recitadora profesional de su época. Triunfó no sólo en la América hispana sino también en Brasil, Portugal y España, adonde vino en 1926.
- <sup>23</sup> En poética, nombre con el que se designa al ruseñor.
- <sup>24</sup> En *De antaño*: «con su acento sublime,»
- <sup>25</sup> Canto acordado y armonioso de diversas voces. (Italianismo típico, incorporado como voz poética en el romanticismo español, en particular por Espronceda, que lo empleaba frecuentemente).
- <sup>26</sup> En *De antaño*: «que es del ritmo, viva llama,»

- <sup>27</sup> En *De antaño*: «del conuento,»
- <sup>28</sup> En *De antaño*: «esplendente»
- <sup>29</sup> En *De antaño*: «y subjetiva»
- <sup>30</sup> Será la primera colaboración de Jurado en *La Esfera*, 6, enero, 1917.
- <sup>31</sup> *La Esfera*, 11, agosto, 1928. Recogido en *De antaño y de ogaño, cit.*, págs. 52-53. En el libro desaparecerán los títulos en catalán que acompañan a los nombres de las mujeres. El orden en que aparecen es diferente. Primero será Loló, lo seguirá María y, finalmente, Adela.
- <sup>32</sup> Obra de Santiago Rusiñol, estrenada en 1900.
- <sup>33</sup> Vestidura larga y holgada, con capucha y una cola que arrastraba, que se ponía encima de la ropa y servía para los lutos. También pieza de una prenda de vestir para cubrir la cabeza. Aquí va acompañada del adjetivo «umbroso» por la oscuridad del mismo.
- <sup>34</sup> En *De antaño*: «De aquesas, de tu cara, Rusiñol no sabía.»
- <sup>35</sup> Alfombra fina. Se trata de un arabismo, utilizado ya desde el XVI.
- <sup>36</sup> En *De antaño*: «Oye, Adela, esa erótica canción de Filomela,»
- <sup>37</sup> Como es sabido, el ópalo es un mineral silíceo con algo de agua, lustre resinoso, translúcido u opaco, duro, pero quebradizo y de colores diversos. En el título de esta composición tiene un claro matiz sugerente de cualidades y defectos, como veremos en la composición, que califican todos a la conocida familia. Apareció en *La Esfera*, 4, enero, 1930. Recogida también en *De antaño y de ogaño, cit.*, págs. 23-32. Recogida también por Amelina Correa Ramón, págs. 121-122, que incluye un fragmento.
- <sup>38</sup> Se refiere a Mariano Fortuny (Reus 1838- Roma 1874). Se formó en los talleres de Domingo Soberana y Claudio Lorenzale. En 1853 ingresó en la escuela de la Lonja. En 1857 ganó una beca en la diputación para ir pensionado a Roma, encargándole en 1859 una obra sobre la guerra de Marruecos. Tras varios viajes para documentarse, realizó el gran lienzo de *La batalla de Tetuán*. De Marruecos e Italia tomará la luminosidad y el cromatismo, al que unirá una perfecta realización técnica y detalle preciosista. Entre 1870-1872 residió en Granada. Sus obras de entoces reflejan una mayor libertad, hasta el punto de que algunos críticos las han relacionado con el naciente impresionismo. Algunas de sus obras más conocidas son: *El coleccionista de estampas*, *La vicaría*, *Chica muerta o Desnudo en la playa de Portici*.
- <sup>39</sup> Mujer del dux.
- <sup>40</sup> En *De antaño*: «hermosa y astuta; felina y liviana,»
- <sup>41</sup> En *De antaño*: «en garra de amores impuros, fue presa.»
- <sup>42</sup> En *De antaño*: «Esconde en Florencia su amor clandestino.»
- <sup>43</sup> En *De antaño*: «allí soñó, Blanca, con ser Granduquesa-». En *De antaño*, Jurado siempre señala los títulos como Granduque y Granduquesa. Quede dicho aquí para no repetir en exceso el cambio.
- <sup>44</sup> Escritor italiano (Arezzo 1492- Venecia 1556). Protegido por príncipes y prelados, inició su carrera de escritor escandaloso, tan pronto adulator como incisivo, siempre al servicio del mejor postor. Renegó de todas sus obras no reconociendo más que sus *Cartas* (1537-1557), amplio testimonio de la vida cultural y política de su tiempo, asimismo reflejada en sus *Ragionamenti o Diálogos* (1534), en donde analizó la profesión de cortesano como una prostitución física y moral y como fenómeno característico de una sociedad en crisis; fueron traducidas al castellano como *Coloquio de las damas* (1548).
- <sup>45</sup> Es decir, allegado, cercano, próximo. Se entiende, heredero del gran ducado.
- <sup>46</sup> En *De antaño*: «asaz infecunda y artera, prepara»
- <sup>47</sup> En *De antaño*: «que un crimen horrendo encubre y ampara;»
- <sup>48</sup> Honor, estima o consideración que se adquiere o gana con una acción gloriosa. Nótese el típico hipérbaton: «para prez de tu estirpe».
- <sup>49</sup> En *De antaño*: «vas, como el séptimo Clemente,»



- <sup>50</sup> León X fue hijo de Lorenzo *el Magnífico*. Un Médicis que fue poeta, filósofo y mecenas, fundador de la biblioteca Laurenciana y de la Escuela del jardín de San Marcos.
- <sup>51</sup> En *De antaño*: «a la que tú vas a alcanzar?»
- <sup>52</sup> Píleo es «capelo de los cardenales». Típico cultismo. Está diciendo, simplemente, que ya es cardenal, pero que pronto será papa. Repárese en las metonimias «píleo» y «tiara» por cardenal y papa respectivamente. Tiara es «triple corona que usaba el papa como símbolo de su autoridad como papa, obispo y rey. Dignidad del sumo pontífice».
- <sup>53</sup> En *De antaño*: «Ahí se te mandan los florines»
- <sup>54</sup> En *De antaño*: «de aquellas cargas... dobles van»
- <sup>55</sup> En *De antaño*: «Con ellos vive, hora en Cajano,»
- <sup>56</sup> En *De antaño*: «y está –aunque le apura el caso bastante–»
- <sup>57</sup> En *De antaño*: «sin que altere nada, su ambiguo semblante.»
- <sup>58</sup> En *De antaño*: «en la rica y famosa residencia»
- <sup>59</sup> Antigua familia florentina, conocida desde el siglo XII. Lucca Pitti inició la construcción del palacio Pitti. Es una mansión patricia, iniciada en 1440 según planos de Brunelleschi, ampliada en el siglo XVI por Bartolomeo Ammannati para los Médicis, quienes acababan de adquirirla.
- <sup>60</sup> En *De antaño*: «y en ricos paramentos, suntuosa.»
- <sup>61</sup> En *De antaño* estos dos versos aparecen en orden inverso: «del cedro la fragancia;/ de una pinacoteca, la prestancia,».
- <sup>62</sup> En *De antaño*: «y el incentivo imán, de una vitrina.»
- <sup>63</sup> Se dice de una especie de copa, taza o vaso, muy estimado en la Antigüedad, hecho de espato de flúor y frotado después con resina de mirra.
- <sup>64</sup> Admirable, maravilloso. Entiéndase, pues, «mirífico» como «digno de admiración».
- <sup>65</sup> «Brocatel»: Tejido de cáñamo y seda, a modo de damasco, que se emplea en muebles y colgaduras. El «Palisandro» es madera de guayaco, compacta y de hermoso color rojo oscuro, muy estimada para la construcción de muebles de lujo.
- <sup>66</sup> Alhaja pequeña.
- <sup>67</sup> En *De antaño*: «con sin par arrogancia...»
- <sup>68</sup> En *De antaño*: «tiene aquel libertino soberano,»
- <sup>69</sup> En *De antaño*: «que preside las joyas de la estancia!»
- <sup>70</sup> En *De antaño* los versos cambian: «sin dejos acerbos, como en epigrama,/ ni dulces decires, como en madrigal». El epigrama y el madrigal son composiciones poéticas típicas. El madrigal es un poema breve, generalmente de tema amoroso, en que se combinan de uso versos de siete y once sílabas.
- <sup>71</sup> En *De antaño*: «se muestra contento y a la hora de ahora»
- <sup>72</sup> Bandeja con una o varias encajaduras donde se aseguran las copas, tazas o jícaras que se sirven en ella.
- <sup>73</sup> En *De antaño*: «Su Eminencia, advierte que su ópalo inicia»
- <sup>74</sup> En *De antaño* este y los dos versos anteriores presentan diferencias: «Sería mejor y más de mi agrado/ que por cortesía debida en mi mesa,/ se rindiese honor a obsequio que fue».
- <sup>75</sup> «Donosía»: que tiene elegancia y gracia. Entiéndase como una concesión elegante.
- <sup>76</sup> Los cinco versos reproducidos hasta aquí cambian en la versión que ofrece en *De antaño*. Los convierte en siete, que dicen así: «A un silencio mortal, ha sucedido/ un monólogo triste y desvaído/ al que le supo dar la Granduquesa/ tono de sobremesa/ y audacia reticente del sentido/ -Eminencia: soy franca./ –Dijo con voz desfallecida, Blanca–/».
- <sup>77</sup> En *De antaño*: «¡El carro de Aurora, radiante camina/ con rayos que Apolo le presta a Diana,».

- <sup>78</sup> En *De antaño*: «y el sol de Florencia, fulgura en Toscana!»
- <sup>79</sup> En *De antaño*: «o augura y avisa la gloria cercana.../ ¡Y al ver que arde en fiestas la grey florentina;/ que su ópalo irisa la luz meridiana»
- <sup>80</sup> Gran Duquesa de Toscana (Venecia, 1542 – Poggio, 1587). Perteneció a una familia noble y por su belleza, su talento y sobre todo por su ingenio intrigante obtuvo cierto nombre.
- <sup>81</sup> Francesco I (Florencia, 1541 - 1587). Su gobierno es definido por los historiadores como «débil». Su hija María se casó con Enrique V de Francia. Le sucedió su hermano Fernando.
- <sup>82</sup> Ferdinando I (Florencia, 1549 - 1609) fue cardenal pero en 1563 dejó la púrpura para ceñir la corona del gran duque. Con él los Médicis alcanzan su máximo esplendor.
- <sup>83</sup> Aparece en *La Esfera*, 1 de febrero, 1930.
- <sup>84</sup> Conocido escritor alemán (Marbach, 1759- Weimar, 1805). Destacó en la poesía lírica. No obstante, su primer drama, *Los bandidos* (1782), fue un gran éxito, pero el espíritu de rebelión latente en la obra desagradó al duque de Wüttemberg. Schiller publica otros dramas donde prosigue con la denuncia de la tiranía: *La conjura de Fiesco en Génova* (1783), *Don Carlos* (1787), y de los prejuicios sociales: *Amor y engaño* (1784). Trabajó una fuerte amistad con Goethe, con el que compuso *Xenias*. *Los bandidos* fue traducida por Manuel Machado e incluso el propio Jurado anunció la publicación de una traducción propia que no llegó a editar. Para mayor información a este propósito remitimos al la obra de Dámaso Chicharro Chamorro, (Dámaso Chicharro Chamorro, UNED, Jaén, 2004), pp. 267-312.
- <sup>85</sup> Inserto en *La Esfera*, 13, diciembre, 1930.
- <sup>86</sup> Publicado por primera vez en *Germinal*, 6, agosto, 1897, nº 14.

## BIBLIOGRAFÍA

- CHIACHÍO PELÁEZ, M<sup>a</sup> Amparo, «Noticia sobre un soneto de José Jurado de la Parra a su admirado amigo Jacinto Benavente», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, n<sup>o</sup> 178, Jaén, enero-junio, 2001.
- «José Jurado de la Parra y el arte de la declamación poética», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, Jaén, julio-diciembre, 2004.
- «El Jurado de la Parra más comprometido en *Vida Nueva*», *Humanitas*, n<sup>o</sup> 5 (2007-2008), Universidad de Jaén, Jaén, 2008.
- La denuncia política en la poesía del baezano José Jurado de la Parra (de 1897 a 1936)*, Colección Jaén en el bolsillo, Jaén, 2009.
- «La primera obra de un autor consagrado» en *Revista Elucidario*, n<sup>o</sup> 7, Jaén, 2009.
- CHICHARRO CHAMORRO, Dámaso, *Perfiles literarios giennenses*, UNED, Jaén, 2004.
- CORREA RAMÓN, Amelina, *Poetas andaluces en la órbita del modernismo*, Alfar, Sevilla, 2004
- GONZÁLEZ ANAYA, Salvador, *Nido Real de Gavilanes. Obras Completas*, Málaga, 1931.
- JURADO DE LA PARRA, José, *De antaño y de ogaño*, Imprenta Ibérica, Málaga, 1936.
- PEDRAZA, Felipe B y RODRÍGUEZ, Milagros, *Historia esencial de la literatura española e hispanoamericana*, editorial Edaf, Madrid, 2000.
- PHILIPS, Allen. W., *Temas del modernismo hispánico y otros estudios*, Madrid, Gredos, 1974.
- RICO, Francisco, *Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*, Volumen VI (Dirigido por José Carlos Mainer), Crítica, Barcelona, 1980.